

MANUEL MARTINEZ GRACIDA

Originario de Ejutla, Oaxaca, en donde nació en el año de 1847, habiendo fallecido en la ciudad de México en 1923.

Historiador, Diputado al Congreso de la Unión, Jefe Político de Ejutla, funcionario público activo y honesto, consagró su vida al estudio, habiendo elaborado crecido número de estudios de auténtico valor, entre los cuales tenemos los siguientes: *Catálogo etimológico de los nombres de los pueblos, haciendas y ranchos del Estado de Oaxaca* (1883); *Cuadro cronológico de los gobernantes que ha tenido el Estado de Oaxaca desde la más remota antigüedad hasta el fin del año de 1883* (1883); *El rey Cosijoeza y su familia. Reseña histórica y legendaria de los últimos soberanos de Zachila* (1888); *Catálogo de la flora y fauna del Estado de Oaxaca* (1891); *Civilización huave* (1893); *Biografía del gran filántropo oaxaqueño Manuel Fernández Fiallo* (1889); *Biografía del pintor oaxaqueño Miguel Cabrera* (1889); *Biografía del Sr. Coronel y licenciado José María Díaz Ordaz, Benemérito de Oaxaca y sostén de la libertad* (1891). Dejó inéditas numerosas obras como unas *Ejemérides Oaxaqueñas 1853-1892*; *Historia mixteco-zapoteca de Oaxaca. Leyendas oaxaqueñas. Historia de la fundación de Milta*; *Historia de la fundación de Oaxaca*; *Reseña histórica del cultivo y producción de grana en el Estado de Oaxaca durante los siglos XVIII y XIX de la era vulgar*; *Historia de la fundación del santuario de la Virgen de la Soledad de Oaxaca y su convento*, etc.

Referencias a su bibliografía en: *México actual. Galería de contemporáneos*, México, Oficina Tip. de La Patria, 1898, 428 p. ils.; en *Biblios, Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*, 4 v. México, 1919-22, II; y principalmente en Jorge Fernando Iturrigarria. "Fichas bibliográficas de Manuel Martínez Gracida, historiógrafo oaxaqueño" en *BBSHCP*, No. 60, 1o. junio 1956. p. 4-5 y su bien lograda semblanza: "Manuel Martínez Gracida", contenida en el mismo número de ese *Boletín*.

Fuente: Manuel Martínez Gracida. *El Rey Cosijoeza y su familia. Reseña histórica y legendaria de los últimos soberanos de Zachila*. Prólogo de Ignacio M. Altamirano. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1888. XIII-182-IX p. 91-96, 101-107, 121-123.

LA CONQUISTA DE OAXACA

D. Hernando Cortés, que había recibido al Embajador de la Zapoteca pidiéndole auxilio, dispuso desde Coyoacán que D.

Francisco de Orozco hiciese la conquista de Guaxaca y pudiese en paz a mixtecas y zapotecas.

Este Capitán salió de aquel punto el 30 de octubre de 1521, con 30 caballos, 80 infantes españoles y un gran número de aliados con dirección a la Mixteca; entró a ella el 6 de noviembre, y sostuvo tres rudos combates en que murieron muchos soldados de una y otra parte, logrando en el último forzar el paso del río de San Antonio, para penetrar al Valle de Oaxaca.

El 25 de noviembre de 1521 la fuerza española expedicionaria ocupó los terrenos del hoy pueblo de Santa Anita, situado en la margen derecha del Atoyac, y sobre la falda septentrional del Monte Albán. Allí, debajo de un árbol de huaje (*acacia sculenta*), se dijo la primera misa, entre las diez y once de la mañana, por el padre capellán D. Juan Díaz, oyéndola los soldados acampados en el mismo lugar.

El recuerdo de esta gran ceremonia lo solemnizaba el clero católico con una función religiosa, a la que asistía cada año, formado en cuerpo, al templo de San Juan de Dios, llamado primitivamente Santa Catarina.

Destruído el templo por el terremoto de 31 de diciembre de 1603, el Cabildo Eclesiástico dispuso que la festividad tuviera lugar el 8 de julio, octava de San Marcial, en el templo de la Merced; desde la víspera concurrían los religiosos, y con especialidad los preciados de caballeros, es decir, los de sangre noble, montados a caballo; pero al llegar a la puerta del cementerio se apeaban y entraban formados por orden de categorías al templo, donde permanecían hasta las cinco o seis de la tarde, presenciando el ceremonial de costumbre con toda la gravedad de sus títulos. A la mañana siguiente asistían con las autoridades civiles y eclesiásticas, personas notables y mucho pueblo, a la misa que celebraban los canónigos, y todos, después de la función religiosa, sacaban en triunfo, y con toda solemnidad, un banderón viejo, que era el Pendón Real, con que había sido agraciada la ciudad, o ganada, según otros, por el conquistador.

La guarnición de Huaxyacac, que no se creyó fuerte para esperar al enemigo, se retiró a Peñoles, y allí hizo causa común con los mixtecas, encerrándose en la fortaleza de Ixcuintepc, peñol cercado por un muro de cal y canto en un circuito de más de una legua.

En consecuencia, Orozco y Juan Núñez del Mercado, ocuparon Guaxaca (como le llamaron), y desde ese día Gutiérrez

de Badajoz, que los acompañaba con otros vecinos de la Villa de Segura de la Frontera, hoy Tepeaca, Estado de Puebla, fundaron en nuestra Huaxyacac la misma Villa de Segura de la Frontera, ejerciendo el cargo de Alcalde el mismo Badajoz.

Este procedimiento lo ordenó Cortés desde su mansión de Coyoacán, y es el principio que dio vida a la ciudad española, que se llamó Antequera, después Guaxaca, y por final corrupción Oaxaca.

Orozco, dueño de Huaxyacac, se dirigió incontinentemente a mixtecas y zapotecas, obligándoles a suspender la guerra, que no tenía ya razón de ser entre ellos, por pertenecer sus dominios al Rey de España, único Señor, a quien en adelante debían respetar y obedecer.

Los mixtecas se resistieron a acatarlo desde luego, exponiéndole como excusa, que retirarse era tanto como perder sus conquistas y la oportunidad de vengarse de Cosijoeza; que, por otra parte, este Rey, libre del sitio, reuniría sus fuerzas, en camino ya para auxiliarlo, y se iría sobre ellos irremisiblemente; y por último, que este paso les era muy sensible, pues equivalía a declararse débiles y a que se dudase de su valor.

Esta justa observación nada pesó en el ánimo de Orozco, quien teniendo en cuenta que Cosijoeza era aliado de Cortés, amenazó a los mixtecas con la guerra, si no cedían a sus indicaciones. Tal amenaza produjo los resultados que se propuso el conquistador: la cesación de la guerra; pero bajo las bases de un armisticio.

“Los mixtecas, desconfiando de Cosijoeza, cuya hábil política les causaba sobresalto, puesto que más de una vez habían sido víctimas de sus lazos, exigieron como garantía de que los zachileños no atentarían contra la fortificación del Monte Albán, conquistado en la guerra, que la única Princesa de la casa quedase en poder de los cuilapenses, quienes en su caso dispondrían de la vida de la dama, si faltaban a su compromiso.

“Aceptada por el Rey zapoteca esta proposición, remitió a la Princesa al campamento mixteca; y recibida allí con los honores de su rango, quedó en prenda de paz.”

Restituido Cosijoeza a su Corte, despachó, de acuerdo con Orozco, fuerzas en socorro de Miahuatlan, y dio instrucciones a Cosijopii para que se moviera sobre Zachila, tomando el

camino de Quiachapa, a fin de auxiliar, en su caso, las operaciones militares de aquella zona.

Casandoo, luego que supo estos sucesos, se retiró a Tututepec, y se preparó a defender la integridad de sus dominios, amenazados desde el Valle por las armas españolas.

Sólo el inexpugnable Peñol de Ixcuintepec guardaba una actitud imponente. Para vencerlo, se movió Orozco con sus fuerzas, y en la imposibilidad de sojuzgarlo por la fuerza de las armas, consintió en que sus defensores enviasen comisionados a Cortés para tratar con él, y al Rey de Achiutla para solicitar instrucciones. Estos regresaron a poco con tristes noticias: México estaba vencido; Cortés concedía la paz. Dzahuindanda, amonestado por los sacerdotes, ordenó a los mixtecas se rindieran a Orozco, manifestándole que lo hacían así, por ser voluntad de los dioses, que juzgaban inútil el derramamiento de sangre.

Como consecuencia de este acto, todos regresaron contentos, fijándose los mixtecas en sus posiciones y los mexicanos en Huaxyacac, Tepeaca, Jalatlaco, Xochimilco, el Marquesado. Mexicapán y San Juan Chapultepec, pobladores que en número de 4,000 habían venido con los españoles, los cuales, unidos a la Colonia anterior, fueron el cimiento en que se levantara la nueva Villa de Segura de la Frontera.

“Así las cosas, se ocupó el Padre D. Juan Díaz en bautizar a muchos nobles e indios de ambas lenguas, y tocándole su turno a la Princesa Donají, fue bautizada con el nombre de Doña Juana, para indicar con él su elevado origen.”

Casandoo, más incrédulo o menos dócil, quizá más patriota que Dzahuindanda y Ocoñaña, siguió hostilizando a zapotecas y españoles, haciéndoles cuanto mal estaba a su alcance, sin reparar en las consecuencias.

Avisado Cortés por unos y por otros, y teniendo presente que este Rey no le había rendido vasallaje, dispuso que D. Pedro de Alvarado hiciese la conquista de Tututepec.

Este famoso Capitán salió de Coyoacán el 31 de enero de 1522 con 35 caballos, 180 infantes españoles y más de 5,000 mexicanos al mando de Ixtlilxochil. Llegó a Oaxaca por el 20 de febrero y permaneció seis días entre esta ciudad y Zachi. En este lapso de tiempo, se presentaron a Cosijoeza los tehuantepecanos que Cosijopii había despachado en socorro de Miahuatlan.

Entretanto, Alvarado, con el auxilio del sabio y prudente padre Olmedo, consolidó la paz entre zapotecas y mixtecas,

con éxito tan feliz, que ambos pueblos se dieron el abrazo y quedaron de amigos como antes.

Reunidas las fuerzas expedicionarias de Orozco con las de Alvarado, formaron ambas 80 caballos, 200 infantes españoles y 5,000 mexicanos, que unidos a 10,000 zapotecas que el Rey Cosijoeza puso a sus órdenes, se contaron 15,280 hombres, con cuyo ejército salió Alvarado de Oaxaca, entonces Segura de la Frontera, el 26 de febrero, tomando el rumbo de Coatlán, por el Valle Grande.

El 4 de marzo se avistó Alvarado en Tututepec, después de tres o cuatro combates que sostuvo con los mixtecas del Sur.

Casandoo, a semejanza de los tlaxcaltecas, quiso probar fortuna, pero habiendo sido derrotadas sus fuerzas, salió a recibir al conquistador con los principales funcionarios de su Corte, conduciéndolo a su Palacio, que era espacioso y bello, y en donde le dio hospedaje, lo mismo que a sus soldados.

Hasta aquí la campaña había sido feliz para los intereses de España; veamos cómo pagó Alvarado al más altivo Rey de la Mixteca la conducta que con él observó.

Pocos días después del arribo de Alvarado, el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, advirtió a este Capitán, que siendo los techos del Palacio Real de zacate, lo mismo que las casas contiguas, se corría el gran riesgo de que los indios tututepecanos, mal avenidos aún, intentasen un incendio general cuando más descuidados estuviesen; por este medio, repetía, nos rodean de fuego y nos combaten con éxito, pues las caballerías serán inútiles por estar asentado el pueblo en una loma quebrada; así es que para evitar el peligro, tengo ya un lugar a propósito, fuera del poblado, para que nos vayamos.

Alvarado escuchó al Padre y dándole las gracias por su celo, se trasladó con sus tropas al sitio elegido.

El Rey siguió a su campamento a Don Pedro, y creyendo que se retiraba de sus dominios, le obsequió una cantidad considerable de oro, joyas y perlas, al mismo tiempo que lo proveyó de abundantes víveres.

Esta generosidad fue la ruina de Casandoo, que ignoraba la causa de la mudanza de las fuerzas castellanas.

Despertada la codicia de Alvarado con esta dádiva, exigió mayores sumas que el Rey satisfizo con diarios y continuos dones. Llegó a tal extremo la sed de riquezas del ilustrado y cristiano conquistador, que no obstante tanto robo, mandó al Rey que le formasen sus artistas unos estribos de oro, seme-

jantes a otros de *madera* que llevaba, siendo al punto obedecido; después de esta complacencia, hizo que le fabricasen los tututepecanos una cadena del mismo metal para su caballo, la cual el Rey le entregó sin dilación, pues los indios manejaban el oro como si fuera barro o cera.

No satisfecho con esto el conquistador Alvarado, pidió más oro, y entonces el Rey, que había agotado sus riquezas, no pudo darle ya ni un grano. Molesto por esta negativa, imputó al probo Casandoo el intento de incendiar el Palacio para que pereciesen los españoles.

El Rey, que juzgó indigna de su alcurnia tal felonía, protestó y se disculpó con buenas razones, que el tal Alvarado no escuchó, sino antes por el contrario, tratándolo con altanería, lo mandó aherrojar y poner preso hasta que entregara los tesoros de la corona.

Era el segundo plagio que se ejecutaba en México.

Cortés lo ejecutó primero con el valiente y patriota Cuauhtémoc y su noble compañero Tetelepanquetzal, poniéndoles fuego en los pies para que confesasen en qué lugar se encontraban los tesoros de la Corona Mexicana.

Ixtlixochil asegura que él advirtió y previno tal traición, y Bernal Díaz dice que fueron los tehuantepecanos quienes lo sugirieron por odio a los mixtecas. Conste de una vez por todas, que fue una presunción del padre Olmedo, que Alvarado tergiversó en realidad para hacerse de oro.

Ni la inocencia del Rey, ni sus tesoros en valor de 36,000 pesos, lo libraron de su prisión. Indignado con este procedimiento inusitado, perdió la salud. El Padre Olmedo acudió a consolarlo y animarlo en su desgracia... sus dulces palabras no fueron suficientes para impedir el avance de sus males, y al fin en breves días *murió de ira y de despecho*.

El Señorío quedó en el hijo del infortunado Casandoo, el cual, estando en poder de Alvarado, sufrió mayores despojos que su padre.

Informado Cortés de que la tierra en que se asentaba Huaxyacac era buena y rica, ordenó a Hernando de Badajoz que trasladase a Tututepec la Villa de Segura de la Frontera, establecida pocos meses antes. Esta primera autoridad municipal, obedeciendo al Gran Capitán, salió de Huaxyacac con todos los vecinos de la población por el mes de marzo de 1522, y llegando a Tututepec, fundó allí la misma Villa de Segura de la Frontera, pregonando el acontecimiento por los cuatro

vientos. En seguida repartió las tierras entre los colonos, a quienes continuó gobernando como Alcalde.

Esta providencia de Cortés, que tuvo por objeto reservarse un rico suelo, favoreció a Alvarado, pues contando con autoridad en una tierra hostigada, pudo dedicarse a toda clase de expansiones, mientras las viudas lloraban la desaparición de sus maridos, y los huérfanos la falta de sus padres.

Egoísta y licencioso, estuvo a punto de perecer en manos de los suyos, a quienes no supo remunerar sus servicios.

Los soldados españoles, a su ejemplo, procuraron, aunque en vano, enriquecerse. Estos decían: si el Capitán pone a cuatro o cinco indios en las bocas de los cañones para sacarles su oro, y matarlos, como ha matado a muchos, si no se lo dan, hagamos también nosotros nuestra diligencia, ya que tan mal se nos paga. Robaron... más tan poco, que se enfurecieron contra Alvarado, que se había cogido, a su juicio, lo que con tanto derecho les pertenecía...

En un arrebato de cólera fraguaron matarlo, y hubieran conseguido su intento, si el soldado Trebejo no revela al Padre Olmedo la conjuración.

Este sacerdote puso en conocimiento de Alvarado toda la trama; pero como se encontraba de caza con algunos de los conjurados, "de pronto disimuló, y fingiéndose acometido de dolor de costado, regresó a su habitación, desde donde, por medio de los Alcaldes, de los alguaciles y de sus hermanos Gonzalo y Jorge, aprehendió a los más culpables, ahorcando a dos, que se prepararon a morir cristianamente, recibiendo los auxilios del Padre Olmedo".

Entre tanto tenían lugar estos acontecimientos en Didjazaa, la villa tututepecana de Segura de la Frontera no pudo prosperar, tanto porque los indios inquietaban a los españoles como porque el clima cálido enfermó a muchos. Esta causa obligó a los pobladores a reunirse con el Ayuntamiento en cabildo, y resuelta por todos la despoblación, acordaron trasladarse a Huaxyacac, tierra que les prestaba mejores condiciones de vida.

Así lo hicieron en el mes de noviembre regresando con sus autoridades Hernando Gutiérrez de Badajoz y Juan Núñez Cedeño a Tepeaca, pueblo contiguo a Huaxyacac, donde establecieron la Villa con ánimo resuelto de morir en el lugar.

Cortés, luego que supo tal acontecimiento, mandó a Diego de Ocampo, como Juez pesquisidor, para proceder contra

los autores de tal desacato. Esta autoridad siguió la causa por todos sus trámites, y en definitiva sentenció a todos a muerte, pena que no se ejecutó por influencias del Padre Olmedo, que consiguió se les conmutase en la de destierro.

Esto no obstante, la Villa quedó fundada y vino a favorecer los intereses de sus vecinos la circunstancia de haber entrado al poder en 1524 Gonzalo de Salazar y Pedro Almindez Chirinos, quienes a poco tiempo de la ausencia de Cortés, se declararon sus más encarnizados enemigos. Mandaron repoblar la Villa y quitaron a Cortés los pueblos más ricos de la Zapoteca, encabezándolos con el nombre del Rey de España. En verdad que hicieron bien, pues el ambicioso Cortés pretendía, con tanta reserva de tierras, hacerse dueño de todo el Estado de Oaxaca.

Aunque Cortés, después de su regreso a México, gestionó sus derechos, no pudo conseguir que la Villa quedase definitivamente entre los títulos de su Marquesado, que obtuvo el 6 de julio de 1528. Estas vicisitudes, por las que atravesó Oaxaca, vinieron a terminar en este mismo año, por un acontecimiento de alta significación para la vida política de esta entidad. El Emperador Carlos V despachó a la Audiencia una cédula firmada el 14 de septiembre de 1526, concediendo a la población el título de Villa. Se cree que dejó a discreción de los Oidores el darle nombre, que a influencias del Lic. D. Diego Delgadillo, patrono de los pobladores, se le puso Antequera, en recuerdo de su patria.

La Audiencia envió al alcalde D. Juan Peláez de Berrio la cédula de erección, y esta autoridad, dándole el debido cumplimiento, publicó por los cuatro vientos tan fausto como grande acontecimiento el 24 de julio de 1529. En seguida delineó la Villa introduciéndose en Huaxyacac, repartió solares a sus vecinos y reservó otros para la fabricación de templos. En todas estas operaciones fue auxiliado eficazmente por los Rev. Frailes Gonzalo Lucero y Bernardino Minaya, que en nuestro concepto, tenían instrucciones reservadas del Marqués del Valle.

Posteriormente, el 25 de abril de 1532, obtuvo el título de Ciudad que el mismo Emperador Carlos V le otorgó por Cédula firmada en Medina del Campo.